

# LA IMPRONTA DEL NUEVO MUNDO

ARQUITECTO RODRIGO LAGOS VERGARA



Cuando nos preparamos a conmemorar el quinto centenario del Nuevo Mundo, cabe hacer algunas reflexiones acerca de nuestro continente a la luz del lenguaje propio de las artes y la arquitectura a través del tiempo. Hablamos del Nuevo Mundo en la medida que aceptamos, por una parte, la concepción del nuevo espacio generado a partir del encuentro de dos culturas, la precolombina americana y la propiamente europea llegada principalmente a través de España, y, por otra parte, aceptando también que el nuevo continente resulta ser la pieza clave que ayuda definitivamente a configurar un nuevo cosmos que revela al mundo su otro extremo y aquella parte

que manifiesta la totalidad en la certeza de que la tierra es un planeta (1). Efectivamente en este Nuevo Mundo, donde la intuición se hace realidad y se despierta la curiosidad con la certeza de los beneficios que trae lo nuevo y donde "lo nuevo" se constituye con un valor en sí, cabe preguntarse acerca de la naturaleza de los rasgos característicos y propios de nuestro continente que han sido permanentes en el tiempo.

Desiempre el hombre en su habitar busca un lugar desde el cual pueda comprender el orden que lo rodea, para habitarlo en plenitud (2). Al recorrer nuestro continente aún nos asombra la confrontación de la colosal

desmesura y vastedad de esas regiones y soledades, -desiertos, selvas, playas y montañas-, esa siempre presente geografía aún desconocida e incomprendida desde nuestros ojos de ciudadanos de modernas urbes de cemento y gente. Para los antiguos pueblos precolombinos aquella relación con la geografía y la observación de ella definía sus conceptos arquitectónicos y urbanos y la forma en que la habitaban. En efecto, uno de los elementos característicos de la arquitectura de las antiguas ciudades sagradas prehispánicas -como las aztecas, mayas, incaicas y otras-, eran los templos que se alzaban aislados en medio de la geografía y el escenario de la naturaleza, proyectados al cielo en una magnífica relación cósmica, ordenados planimétricamente como vértices y centro del cruce de grandes ejes que acogían e integraban el resto de las comunidades del territorio, de acuerdo a la gráfica de las estrellas. Estos hitos y lugares en el paisaje daban testimonio de la presencia humana en el gran entorno natural, asumiendo cielo y tierra como una sola unidad cósmica (3). Allí, elementos como el sol, el aire, la tierra y el agua, tenían un valor y una trascendencia que se hace evidente en su arquitectura y su ciudad. La conquista, como en otros aspectos, significó también en este sentido una ruptura, puesto que creó una división en el desarrollo cultural de este continente. Es así como se fundan ciudades de acuerdo a otros patrones que no consideran los anteriores significados existenciales ni los valores de los pueblos precolombinos: se construyen a partir de trazados unitarios sobre el territorio que, mirados desde la concepción cosmológica anterior, aparecen virtualmente separados del cielo.

**"...EL NUEVO CONTINENTE RESULTA SER LA PIEZA CLAVE QUE AYUDA DEFINITIVAMENTE A CONFIGURAR UN NUEVO COSMOS, QUE REVELA AL MUNDO SU OTRO EXTREMO..."**





Efectivamente, hoy la experiencia urbana básica actual de los pueblos iberoamericanos está constituida por la impronta formal de sus ciudades concebidas de acuerdo a los nuevos criterios urbanísticos utilitarios y geométricos de los conquistadores. Desde el punto de vista del lenguaje en el Nuevo Mundo podemos comprobar que una gran herencia cultural impuesta en este continente, —después del Español como lengua— recibida desde Europa, principalmente a través de España, es la impronta urbano-arquitectónica manifiesta en el trazado fundacional de la gran mayoría de sus ciudades. Para nosotros iberoamericanos, ciudadanos de un mundo planimétricamente "cuadrículado", la plaza y las manzanas regulares son el lenguaje aprendido y los elementos mediante los cuales habitualmente entendemos y organizamos nuestro entorno, el módulo y el modelo de lo que entendemos por "ciudad". En la concepción urbana europea que se aplicó, los edificios públicos y privados fueron los que configuraron los espacios públicos interiores y por los cuales la gente se desplaza e intercambia mercancías y conocimientos. La gran mayoría de las fundaciones hispánicas y sobre todo las fundaciones menores, se realizaron de acuerdo a la normativa prescrita en las llamadas Leyes de Indias. En general, éstas dispusieron el trazado y emplazamiento de las ciudades considerando, entre otras cosas, un fácil abastecimiento de agua, un buen asoleamiento y la cercanía con fértiles terrenos de cultivo. La elección del lugar de la ciudad en relación a la geografía estuvo orientada fundamentalmente por estos importantes aspectos de tipo utilitario (4). Las principales ciudades se apoyaron en la estructura preexistente. Interesante es el ejemplo del trazado urbano de México, resultante de una singular y lograda combinación entre la ordenación axial de la ciudad azteca con los criterios urbanísticos de los conquistadores. Aún así, el antiguo trazado ya no tuvo el carácter ni el significado de antaño. Las comunidades indígenas, en general, pudieron dominarse desde allí con mayor facilidad, utilizándose para ello criterios de expansión y posterior transformación de lo existente. Hoy en día la ciudad como estructura, si

bien no presenta en todos los casos las mismas características distintivas y definidas, se ha transformado en un "modelo mental" que ha adquirido cierta identidad y consistencia a través de un largo proceso de asimilación interna y vivencial. El peso de esta herencia planimétrica y de este hábito mental habría llevado a la formación de una cierta "imagen compartida" que llega a constituirse en símbolo de lo urbano, y continúa existiendo más allá aún del proceso emancipador, e incluso en la base formal de fundaciones de ciudades en iberoamérica durante todo el siglo XIX y parte del XX (5).

Quizás la única ventaja de comparar ambos modelos, el prehispánico y el fundacional, la constituye la oportunidad de develar y dar sentido a la posible ligazón que pueda establecerse entre ellos y los valores que cada uno representa. Sin duda el modelo cultural que traía el europeo para habitar nuestro continente no consideró en toda su magnitud la vastedad y presencia permanente de la geografía ni la medida de los valores que si han trascendido de alguna manera a los habitantes del Nuevo Mundo. Considerando que la conquista significó en

principio una ruptura, es posible suponer que cada lugar que habitamos en nuestras ciudades, al igual que cada palabra del lenguaje que hablamos, aún debería guardar algo de la memoria del magnífico cataclismo que acompañó su imposición. Por otra parte, y paradójicamente, aún hoy hemos de utilizar la sintaxis, la nomenclatura y la semántica que nos son familiares para describir e incluso aplicar juicios estimativos, ya sea a formas de vida y culturas autóctonas que fueron concebidas y permanecen desde tiempos muy anteriores a la conquista, o bien a lugares aún desconocidos de nuestra geografía cuyas leyes naturales aún no comprendemos. Quizás, —parafraseando al poeta Raúl Zurita en un pensamiento suyo sobre el lenguaje y el Nuevo Mundo—, la historia mostraría que la aparente naturalidad con que habitamos y vivenciamos nuestro continente, al igual como hablamos nuestra lengua, en realidad no es tal, y persistiría finalmente una cierta extrañeza, pues aún no aceptaríamos la forma y medida que ello entraña enfrentados a la vastedad y medida de la geografía, que haría hasta cierto punto imposible aún la generación de proyectos estables y perdurables, provo-

cando un quiebre de expectativas cuya dimensión no es lejana al modo como se impuso el trazado urbano, al igual que la lengua, en nuestro continente (6). Si es así, quizás esa extrañeza nos imponga hoy la tarea de recorrer, reconocer y así comprender nuestro continente, y una invitación a asumir desde este lenguaje urbano-arquitectónico heredado, la observación de las constantes de la diversidad geográfica de una naturaleza aún desconocida pero presente, hacia un verdadero encuentro con una identidad cultural propia que nos permita habitar este Nuevo Mundo.

## REFERENCIAS

- (1) Renzo Vallebuona E. "Los límites del Orbis Terrarum". Conferencia Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño de la Universidad del Bio-Bío. Concepción, 1986.
- (2)(3) María Dolores Muñoz, "Estructura Urbana y Gráfica Estelar", y otros escritos inéditos junto a Carlos Jara F. Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño de la Universidad del Bio-Bío. Concepción, 1987.
- (4) Hans Fox T. y Rodrigo Lagos V. "El Diseño Urbano Moderno". Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño de la Universidad del Bio-Bío. Concepción, 1987.
- (5) René Martínez L. "El Modelo Clásico de Ciudad Colonial Hispanoamericana". Revista ARS N° 10, mayo 1988. págs. 10-17.
- (6) Raúl Zurita, "Lenguaje y Nuevo Mundo", Seminario en Taller América. Santiago, octubre a diciembre de 1987.

